

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA Y LA REIVINDICACION DEL PENSAMIENTO COTIDIANO EN LA EXPLICACION HISTORICA

Santiago Rivera, José Armando¹
Universidad de Los Andes. Venezuela

Resumen

En el ámbito del mundo contemporáneo, se ha impuesto una concepción histórica circunscrita a analizar la faz presente de los acontecimientos socio-históricos, a la vez que dejar a un lado las explicaciones desde la perspectiva de la retrospectiva de abordar el objeto de estudio del presente al pasado, o como ha sido la tradición positivista, analizar el tema histórico desde el pasado al presente. Ahora emerge la necesidad de comprender también el desenvolvimiento de la cotidianidad como temática de interés donde los actores del suceso histórico viven las circunstancias habituales. Eso determinó realizar una revisión bibliográfica para analizar La historia universal y las historias nacionales: Transmitir el pasado, La enseñanza de la historia y la reivindicación del pensamiento cotidiano

Palabras Claves: Enseñanza de la Historia, Pensamiento Cotidiano y Explicación histórica.

Introducción

La enseñanza de la historia tuvo un comienzo estrechamente relacionado con la geografía. En Europa, específicamente, la reiterada confrontación entre Francia y Alemania debido a la inestabilidad generada por la inconclusa definición de sus territorios, por causa de la expansión alemana, ambas disciplinas se hicieron presentes para formar en el ciudadano francés su conciencia nacionalista, el amor a la Patria y el afecto a su territorio.

Este origen dio a estas ciencias una significativa importancia educativa y una vez se estructuraron los planes de estudio, fueron incorporadas en la formación educativa con una finalidad ideológica y política. Por eso es razonable entender que la enseñanza de la historia que se promueve en Venezuela y, en general, en América latina, en el siglo XIX, apuntó a comprender los acontecimientos del pasado para entender la raíz histórica de lo actual.

Desde la inserción de la enseñanza de la historia en los planes de estudio, en el siglo XIX, sus temáticas demostraron una estrecha relación con los contenidos programáticos establecidos en los libros importados de Europa, para motivar la formación de los ciudadanos en las instituciones escolares. Dos enfoques históricos fueron obligatorios en los planes de estudio:

a) La historia universal con el propósito de fomentar el interés de los estudiantes sobre la evolución socio-histórica de occidente, delimitado específicamente, desde la historia antigua de Grecia y de los pueblos del Mediterráneo hasta el Primer Orden Mundial que intentó universalizar el modelo cultural y civilizatorio de Europa. Este bagaje histórico tuvo como propósito valorar el desarrollo cultural occidental.

¹ Universidad de Los Andes. Venezuela

b) La historia nacional orientada a narrar los procesos socio-históricos desde la época aborigen, la gesta independentista hasta los acontecimientos de mediados del siglo XX. Fue necesario destacar la vivencia y resistencia del aborigen a la conquista y colonización hispana, la empresa libertadora y la acción emancipadora decimonónica para liberarse de la hegemonía hispana.

De esta forma, se impulsó una enseñanza de la historia que por su limitación al recinto escolar, puede ser calificada como la historia de la escuela, reducida a transmitir contenidos programáticos con la finalidad que las generaciones del presente adquieran el acervo cultural de las generaciones del pasado. Allí destaca, principalmente, el culto al héroe, la consolidación de la nacionalidad y el amor a la patria.

Esta enseñanza histórica descartó la historia regional y local, porque sus explicaciones no poseen el carácter científico, pues, generalmente, son el resultado de leyendas y fabulas insostenibles y muy discrepantes de la exigencia rigurosa y coherente del método de la ciencia histórica. Se dejó a un lado, la historia popular que se construye en los actos de la cotidianidad para enfatizar en la historia del experto historiador.

¿Para qué estudiar lo que es común y corriente?, ¿Para que explicar lo que está a simple vista?, ¿Para qué reflexionar sobre temáticas tan superficiales y anecdóticas como son las acciones cotidianas?. Eso ocasionó una desviación que dejó a un lado una extraordinaria riqueza como es la construcción de los saberes consuetudinarios que echan las raíces de la historia del lugar en sus facetas más sencillas y oportunas para explicar su historicidad.

Desde mediados del siglo XX, cuando en las ciencias sociales comenzó a reivindicarse la orientación cualitativa como opción científica, se ha abierto la posibilidad de rescatar esa tradición histórica bajo estrategias metodológicas, tales como la revisión hemerográfica, la entrevista, la conversación informal y la investigación en la calle. Ahora es valorable el dato elaborado por el ciudadano común, desde cómo entiende y explica su realidad.

Ya es más fácil adentrarse en los saberes del Cronista, en las experiencias de los ciudadanos como actores de los acontecimientos en su desenvolvimiento diario; es decir, la otra historia, la que se hace en la plena dispersión de la vida diaria, en sus vicisitudes y realizaciones sociales sin la interferencia del experto que condiciona a su subjetividad. No, aquí se habla y se dice en la naturalidad de lo que acontece.

Por estas razones es justificable promover el rescate de las historias populares y echar las bases de la historia construida por los actores de la vida cotidiana, quienes refrescan y convalidan los saberes que han permanecido ocultos en la tradición y la costumbre, a la vez que heredados de abuelos, ancianos y longevos para ir más allá de los linderos del tiempo. Es la otra historia que es vivencia y sentir de la comunidad.

Es la otra historia que ya conquista los espacios académicos y echa las bases para asegurar un espacio en el debate de la emergente ciencia histórica en la complejidad del mundo contemporáneo. Es la historia de lo próximo y de lo vivido que sirve de base para dar respuesta la homogeneización que impone la globalización cultural y que tiene como antítesis a la reivindicación del lugar y la región.

Se trata de revivir la mentalidad popular oculta y menospreciada por la ciencia histórica positivista, pero que hoy día es revalorizada como otra fuente de saber que emerge para echar las bases de una u otra perspectiva, para comprender la realidad que se construye en la actividad de la vida cotidiana. Desde este punto de vista, hay otra perspectiva para investigar y enseñar historia en los espacios vividos de la comunidad.

La historia universal y las historias nacionales: Transmitir el pasado

La exigencia de formar ciudadanos cultos, en un contexto donde predominaba el analfabetismo y la ignorancia, además de la formación educativa estaba limitada a la elite política y religiosa, se consideró la necesidad de facilitar a la colectividad ajena y excluida de la posibilidad del acceso a la educación. Así surgió la escuela moderna, en Prusia, en el siglo XVII, cuya labor se dedicó a enseñar a leer, escribir y las operaciones matemáticas elementales (Carr, 1971)

Pronto fue imprescindible incorporar la geografía y la historia, con la finalidad de fortalecer el espíritu de nacionalidad, el afecto al país, la región y el lugar; es decir, consolidar el nacionalismo y el regionalismo. Era una necesidad formar los ciudadanos apegados a su escenario geográfico, su tradición histórica y la significatividad e importancia de la cultura occidental. En principio, se trató del rescate del pasado y revitalizar los cambios históricos y sus máximos exponentes.

En el caso de la enseñanza de la historia, fue, en consecuencia, una acción formativa centrada en destacar los acontecimientos del mundo occidental, desde Grecia, los pueblos antiguos del mediterráneo, los romanos, las circunstancias de la época medieval, el renacimiento y la llegada de la modernidad. Cómo ocurrieron los hechos, cuáles son los personajes más importantes y cuál es su legado a la posteridad, son interrogantes esenciales y básicas que debió dar a conocer la enseñanza histórica.

La finalidad histórica debió considerar el proceso desde el origen y evolución de la civilización de occidente que debe ser conocida por las actuales generaciones, de tal manera que sientan afecto hacia el pasado y encuentren en él, fundamentos para comprender el presente. La visión oriental de la realidad, el mundo y la vida no fue temática de interés, porque lo central lo constituyó el afianzamiento de la visión euro-centrista, dado su poder hegemónico e imperialista y sus consecuencias de la formación educativa

Para Betancourt (1993) la inserción de la enseñanza de la historia en los diseños curriculares, en el siglo XIX, ajustó sus temáticas para demostrar la evolución de la civilización occidental en sus épocas y realizaciones y, en esa dirección, apoyó la elaboración de los textos de historia. La historia inicia su presencia escolar con un apoyo didáctico en el libro y en la interpretación del educador, pero con una orientación ideológica de educar simplemente para tener un dato superficial y somero del pasado.

Esta naturaleza pedagógica llega a América y consolidó la enseñanza de la historia circunscrita a los contenidos impresos en el libro. Además, emergió una estrecha relación con los contenidos programáticos establecidos en los libros importados de Europa, para fundar la formación de los ciudadanos en las instituciones escolares. Esta tradición europea libresca de la historia tuvo como intención ofrecer conocimientos históricos reconocidos por los historiadores como fundamentales para formar la conciencia histórica.

Se trata de una historia muy específica que denuncia claramente sus intenciones colonizadoras, dominantes y hegemónicas (Arias y Gómora, 1971). En ese sentido, es una historia para alienar, domesticar y manipular a los estudiantes que se forman como ciudadanos en los centros escolares. De allí surgieron las perspectivas diferenciadas para ámbitos formativos y sociales bien definidos. Para puntualizar emergieron dos enfoques históricos que se hicieron presentes en los planes de estudio en América latina:

a) La historia universal con el propósito de fomentar el interés de los estudiantes sobre la evolución socio-histórica de occidente, que intentó universalizar el modelo cultural y

civilizatorio de Europa. Es la intención hegemónica e imperialista que pretendió la europeización del mundo que hoy ha sido calificada por Ferrer (1996), como el Primer Orden Mundial o también primera globalización. De allí el término universal cuando simplemente se hace relación del comportamiento de Europa a la conquista del planeta.

Los libros fueron estructurados para seguir una secuencia de momentos históricos donde se dio significativa relevancia a los actores, a los hechos valorados como importantes de circunstancias lejanas y desvinculadas con los educandos y sus realidades vividas. Una historia a la medida del poder para justificar su existencia y perennizar sus propósitos y objetivos de dominación. Según Barrantes (1993), al leer los libros, vale destacar que los temas son fácilmente percibidos aislados y neutrales.

Con el libro se comenzó a enseñar historia y desde el momento inicial hasta la actualidad, no ha cambiado la enseñanza de los temas de la historia universal, en sus contenidos programáticos y en lo referido al desarrollo de la práctica pedagógica; es decir, se mantiene los contenidos de los momentos históricos europeos. El sentido libresco obedeció a la existencia de referencias bibliográficas de importancia científica, pues los textos fueron elaborados por expertos historiadores.

Actualmente, la enseñanza histórica que se promueve para los subsistemas primario y secundario, tiene ese acento occidentalizado. Eso indiscutiblemente constituye una notable dificultad en un momento en que las circunstancias de la globalización, exigen otras explicaciones. Para Ferrer (1996) es la occidentalización del planeta bajo la égida del capitalismo en la construcción del nuevo orden económico mundial, pero en los libros de historia no se facilitan contenidos para estudiar esta situación.

b) Un segundo planteamiento es la historia nacional que centra su labor en narrar los procesos históricos ocurridos desde la época aborígen, la gesta independentista hasta los acontecimientos de mediados del siglo XX. En esta evolución se hace énfasis en los acontecimientos que la tradición historiográfica ha convertido en hitos representativos de los momentos más significativos en la construcción de la nacionalidad venezolana; fundamentalmente, los hechos del pasado que explican el origen de la nacionalidad.

Se trata de la promoción de la enseñanza de la historia que puede ser calificada de la historia de la escuela, reducida a transmitir contenidos programáticos con la finalidad que las generaciones del presente adquieran el bagaje cultural de las generaciones del pasado y ausencia de su comunidad. Allí destaca, principalmente, según González (2000), el culto al héroe, la consolidación de la nacionalidad y el amor a la patria, en circunstancias donde colocan de relieve a los movimientos de independencia.

Los libros de historia, tanto universal como nacional, destacan a los momentos históricos estructurados bajo el modelo europeo; esto es, precolombino, colonización, independencia y modernidad. En otras palabras, momentos marcados por hitos históricos que globalizan circunstancias epocales. Con estos argumentos socio-históricos, la enseñanza de la historia comenzó a desarrollarse en las instituciones escolares en una forma muy distante de los eventos históricos de la comunidad.

Mientras el país, la región y la localidad, forjaban su propia historia, la enseñanza de una historia sin sentido social, se aferra a persistir en las aulas escolares, sin tomar en cuenta a los acontecimientos del lugar. Por tanto, enseñar historia significa simplemente estudiar el pasado sin correspondencia con el presente. El esfuerzo pedagógico se centra en enseñar la historia nacional con una orientación neutral, apolítica e imparcial donde están ausentes los razonamientos y los cuestionamientos.

Es la historia lineal, acumulativa y previsible que tiene la finalidad de servir de guía a la civilización occidental y establece las pautas para considerar los acontecimientos como históricos. En ese sentido, debe privar lo estricto y lo riguroso. Esta enseñanza histórica descartó la historia regional y local, porque sus narraciones no poseen el carácter científico, pues, generalmente, son el resultado de leyendas y fabulas insostenibles y discrepantes de la exigencia del método de la ciencia histórica.

La enseñanza de la historia y la reivindicación del pensamiento cotidiano

A fines del siglo XX, comenzó a plantearse la necesidad de revisar la elaboración del conocimiento histórico. Un aporte extraordinario provino de los aportes registrados por la investigación en la antropología y la sociología. Los estudios en este campo del conocimiento tuvieron como tradición dar explicación a sus realidades objeto de estudio con observaciones generalmente apoyadas con datos estadísticos, donde el propósito era reconstruir la situación estudiada en la forma más objetiva posible.

El cambio comenzó a darse cuando los investigadores abordaron sus temáticas al insertarse en los escenarios para vivenciar las situaciones estudiadas. En consecuencia, los conocimientos fueron otros, porque la información se obtuvo de manera directa, sin intermediarios. Era el registro de la revelación espontánea de la experiencia cotidiana. Eso dio como resultado que en los espacios académicos se inició el debate sobre la relevancia de esa explicación abierta, natural y espontánea de la historias de la vida cotidiana.

Poco a poco, esa opción epistemológica se introdujo en la discusión de la investigación histórica, ante la necesidad de explicar aquellos temas que hasta el momento habían estado desatendidos por ser tan reales, a la vez que no ser obtenidos desde sustentos teóricos y metodológicos confiables, estrictos y rigurosos. Este avance facilitó comenzar a comprender que hay otras razones y argumentos para explicar desde diversos puntos de vista los acontecimientos vividos.

Ahora fue posible apuntar hacia renovados planteamientos científicos que colocaron en el primer plano de la investigación de los temas históricos, a las manifestaciones culturales y las construcciones mentales que revelan la expresión de la subjetividad colectiva y personal de los actores de las situaciones socio-históricas. Se trata del rescate de la percepción personal y social que revela las concepciones elaboradas por las personas y los colectivos sobre los sucesos históricos.

Opina Rodríguez (2009) que la finalidad apuntó hacia la reivindicación de una manera de percibir la historia y lo histórico que valoró el rescate de las opiniones que emiten las personas como integrantes de una comunidad, como base esencial para conformar una matriz de opinión pública. Así, la investigación histórica se nutrió de un renovado planteamiento que dio más importancia al presente y la identificación de aquellos criterios colectivos comunes sobre un determinado tema histórico.

Se trata de las representaciones mentales que son constructos personales como resultado de la experiencia y que se caracterizan por tener un acento material o imaginario y simbólico que se emplea para ayudar a comprender un acontecimiento histórico. Además tienen estrecha relación con el proceso socio-cultural que vive la persona en su condición de habitante de una comunidad y que se organizan en estructuras que permiten dar sentido al suceso histórico que se explica.

Señala Rodríguez Ruiz (2009) que “por mucho tiempo, la historia se dedicó a destacar los hechos de los grandes hombres y paralelamente la de los grandes ideólogos (historia de

las ideas o de las ideologías), dejando por fuera el papel del hombre común, de las colectividades y sobre todo de las creencias o mentalidades, es decir, de aquellos modos de aprehender la realidad que no responden a las condiciones de constitución de una ideología...”

Para Arbeláez Gómez (2001) esto ha sido aprovechado para promover la tradición oral y, en ella, las creencias, ritos y costumbres populares y echar las bases para reconstruir acontecimientos históricos desde otros puntos de vista más cercanos a la vida cotidiana. Esto es determinante para que desde mediados del siglo XX, cuando en las ciencias sociales comenzó a reivindicarse la orientación cualitativa como opción científica, se haya abierto la posibilidad de rescatar esa tradición histórica.

Es, de esta forma, como en la enseñanza de la historia se produce una apertura hacia otros escenarios, hasta ahora poco valorado por la investigación histórica, como son los espacios de la vida cotidiana. En efecto, la acción pedagógica reivindica en los procesos de enseñanza y aprendizaje, estrategias metodológicas, tales como la revisión hemerográfica, la entrevista, la conversación informal y la investigación en la calle, entre otros. Eso determinó valorar la subjetividad de los actores de los acontecimientos de la comunidad

Ahora, la enseñanza de la historia tiene otro objeto de estudio, las historias populares y con eso, echar las bases de la historia construida por los actores de la vida cotidiana, quienes refrescan y convalidan los saberes que han permanecido ocultos en la tradición, a la vez que heredados de abuelos, ancianos y longevos. Es otra historia que ya comienza a conquistar los espacios académicos y echa las bases para consolidar un espacio en el debate de la emergente ciencia histórica (Svarzman, 2000).

Este planteamiento tiene una significativa relevancia en la enseñanza de la historia en el ámbito escolar. Puede considerarse como un punto de partida para dar un salto pedagógico y didáctico de notable efecto formativo, por cuanto se trata de la investigación histórica en el escenario de los acontecimientos de la vida cotidiana. Es indiscutible que eso tendrá extraordinarias repercusiones formativas, pues se enseñará la historia en el lugar, en contacto con los actores de la vida cotidiana.

Otro aspecto significativo es que los estudiantes podrán entender los acontecimientos vividos con una actitud abierta, plural y democrática que rompe con la obtención del conocimiento histórico libresco, neutral y de notorio acento idealizado. El hecho de la apertura a la indagación historia vivida, abre la posibilidad de explicar con conocimientos resultantes de la experiencia personal, un saber que se reflejará en una subjetividad analítica, dialéctica y crítica sobre los temas históricos (Svarzman, 2000).

Para concluir, el privilegio asignado a la enseñanza de la historia universal y a las historias nacionales, centró la preocupación escolar en transmitir el pasado desde el uso de los libros. Este planteamiento encuentra en la enseñanza de la historia que reivindica el pensamiento y a la vivencia cotidiana, una opción de cambio pedagógico y didáctico. De esta forma se motiva superar la vigencia de los fundamentos teóricos y metodológicos que promovió la modernidad en la enseñanza histórica escolar.

Mientras el pensamiento moderno incentivó la enseñanza de la historia para educar espectadores de los acontecimientos, el culto a lo exógeno, a una historia sin efecto social, a la formación del intelecto pero sin transferencia en la explicación de los acontecimientos del mundo contemporáneo, la nueva historia tiene el valor formativo de insertar a los estudiantes en la explicación de su propia historia, donde ellos son actores activos y reflexivos.

Urge valorizar la historia que rescata el cronista en su afán por develar los procesos, actores y situaciones que revelan otras explicaciones de los acontecimientos. Es una labor silenciosa pero acometida pues se va tras el comentario cotidiano, para luego escarbar en las causalidades y perfilar escenarios, ideas, pensamientos y mentalidades, muchas veces desconocidas por el colectivo. Es aprovechar la conversación con los actores de los sucesos en procura de descifrar razones, motivaciones implícitas y pareceres ocultos.

Es ir más allá de la narrativa que enfatiza y reitera un conocimiento que viene del experto. Implica ahora avanzar en otra narrativa más abierta y plena de dialogicidad y pasión e identidad por lo local. Con la crónica también se puede elaborar conocimientos históricos de acento científico, a partir del dato contrastado con el documento y las condiciones del momento en que ocurrió el objeto de estudio histórico. Por esa razón es un aliciente el aporte del cronista como paso inicial para hacer ciencia histórica.

No se puede ocultar que la vuelta a la historia de la cotidianidad constituye una opción de cambio a la vigencia tradicional de la enseñanza de la historia, con acento y sentido libresco, podría estar en la reivindicación de las mentalidades, las representaciones e imaginarios que emergen en los acontecimientos socio-culturales, con la revelación de la forma de pensar personal y colectiva de los actores de esos sucesos. Hoy, cuando se cuestiona reciamente la historia escolar para explicar el pasado, valdría la pena el esfuerzo para promover historia de la vida cotidiana.

Referencias

- Arbeláez Gómez, M. C. (2001). "Las representaciones mentales". Revista de Ciencias Humanas Año 8, N° 29, Septiembre 2001. Universidad Tecnológica de Pereira, UTP. Disponible en: <http://www.utp.edu.co/~chumanas/revistas/revistas/rev29/arbelaez.htm>.
- Arias A., C. y Gómora P., M. (1971). Didáctica de la Historia. Tercera Edición. México: Ediciones Oasis, S.A.
- Barrantes, R. (1993). No pido texto escolar, luego pienso. Bogotá. Educación y Cultura 31, p. 14-19.
- Betancourt E., D. (1993). Enseñanza de la Historia a tres niveles. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Carr, E. (1971) Los estudios sociales en la escuela de hoy. Buenos Aires, Editorial Troquel, S.A.
- Ferrer, A. (1996). Historia de la globalización. Orígenes del orden económico mundial. Segunda Edición. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, S.A.
- González, A. (2000). Andamiajes para la enseñanza de la historia. Buenos Aires: Lugar Editorial S.A.
- Rodríguez Ruiz, J. A. (2009). Mentalidades y Literatura: Una forma de llegar a la cultura popular. Cultura popular y literatura en la narrativa colombiana. Disponible en: <http://recursostic.javeriana.edu.co/multiblogs2/culturapopular/2009/01/14/mentalidades-y-cultura-popular/>.
- Svarzman, j. (2000). Enseñar historia en el segundo ciclo. Herramientas para el trabajo de aula. Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas.
- Svarzman, J. H. (2000). Beber en las fuentes. La enseñanza de la Historia a través de la vida cotidiana. Buenos Aires: Ediciones Novedades Educativas.